



La belleza de ser familia: una llamada a cuidar

Linda Pocher FMA

El cuidado: un lenguaje «nuevo»

En el mensaje del Ángelus del primer día del año de 2023, el Papa Francisco recordó a todos los cristianos del mundo la importancia de cuidarse: “si de verdad queremos que el nuevo año sea bueno, si queremos *reconstruir la esperanza*, necesitamos abandonar los lenguajes, gestos y elecciones inspirados en el egoísmo y aprender el lenguaje del amor, que *es el cuidado*. Cuidar es un lenguaje nuevo, que va en contra de los lenguajes del egoísmo”.

El Papa define el cuidado como un "nuevo lenguaje". Sin embargo, el ser humano siempre ha conocido los gestos del cuidado. Baste decir que, sin cuidados, los seres humanos simplemente no pueden sobrevivir: no tener un abrigo de piel para cubrirse del frío; sin alas para levantarse en caso de peligro; al no tener dientes adecuados para consumir la mayor parte de los alimentos que se encuentran en la naturaleza, el hombre y la mujer necesitan cuidarse a sí mismos y a los demás para sobrevivir. Además, el cachorro humano es el único mamífero que no puede pararse sobre sus patas en el momento del nacimiento. ¡La cantidad de tiempo que un recién nacido depende totalmente del cuidado materno es mucho más larga que cualquier otra criatura!

Si es así, si el ser humano siempre ha necesitado cuidados para sobrevivir, ¿qué significa que el lenguaje del cuidado sea un lenguaje "nuevo"?

Creo que podemos referir el adjetivo "nuevo" a dos aspectos particulares del lenguaje del cuidado. En primer lugar, es un lenguaje nuevo porque es el lenguaje elegido por Jesús para manifestar el rostro amoroso de Dios. El cuidado que Jesús tiene por aquellos con los que se encuentra es evangelio: alimenta al hambriento; libera a los oprimidos; consuela a los afligidos, resucita a los muertos. Pensemos en particular en los gestos de la última cena, los que Jesús dejó a sus seguidores como memorial de su presencia: la ofrenda del pan y de la copa y el lavatorio de los pies.

Bendecir el cáliz, bendecir el pan y compartirlo con los comensales era un gesto típico del cabeza de familia judío en tiempos de Jesús, quién sabe cuántas veces, de niño, había visto a José realizar este gesto en el comedor familiar. ¡Jesús, sin embargo, añade una palabra nueva al gesto tradicional: "este es mi cuerpo"; "Esta es mi sangre". En la vida familiar, sólo la madre puede literalmente dar su cuerpo como alimento a sus hijos, durante el embarazo y la lactancia. Jesús, por tanto, se ofrece a los suyos como padre y madre y los invita a hacer lo mismo los unos por los otros.

En el lavatorio de los pies, Jesús realiza el gesto que, en las familias que no tenían sirvientes, hacía la novia hacia su marido, hijos e invitados. Jesús lava los pies a los apóstoles, así como, muchas veces, María lavó sus pies, en la humilde morada de Nazaret. Asimismo, quien tiene autoridad en la Iglesia debe comportarse como quien sirve. El "padre patrón" -una figura paterna muy extendida en la época de Jesús- no es el modelo de padre que Jesús propone a los creyentes. El padre, según Jesús, es un padre materno que ha integrado en su personalidad y en su modo de actuar la ternura y la capacidad de cuidado que normalmente tiene la madre. El lenguaje del cuidado es nuevo, porque Jesús lo toma como propio y lo propone como modelo de vida a todos los creyentes, sean hombres o mujeres.

Además, el lenguaje del cuidado, aunque siempre ha pertenecido a la experiencia de los seres humanos y cristianos, es "nuevo" en la reflexión y en los discursos de la Iglesia, ya que es una



categoría que ha llamado la atención de psicólogos, filósofos y los teólogos sólo en el siglo XX, cuando incluso las mujeres pudieron finalmente dedicarse sistemáticamente al estudio. La reflexión de las mujeres, en cierto sentido, puso palabras a lo que Jesús, a lo largo de su vida, realizó con gestos.

La reflexión sobre el cuidado nació en el campo ético, en particular dentro de una investigación experimental sobre la maduración moral del individuo. El psicólogo Lawrence Kohlberg, basándose en una encuesta realizada a una muestra significativa de individuos, creía que las mujeres no podían alcanzar el mismo grado de desarrollo moral que sus pares masculinos. Mientras que los varones, de hecho, parecían estar guiados sobre todo por un sentimiento de justicia, que les impulsaba a anteponer la ley a todo lo demás, las mujeres se inclinaban más por salvaguardar las relaciones interpersonales, incluso a costa de renunciar a algo desde el punto de vista de la justicia.

La encuesta se había realizado en un mundo en el que la mayoría de las mujeres aún dedicaban su vida casi exclusivamente al cuidado: cuidado del hogar, del marido, de los hijos, de los padres o de familiares ancianos o enfermos. Ante el juicio despiadado de Kohlberg, una joven alumna suya, Carol Gilligan, propuso una lectura diferente de los datos que surgían de las encuestas: las mujeres no están "menos" desarrolladas desde el punto de vista moral, sino que desarrollan valores diferentes debido a las distintas tareas que les son encomendadas. Gilligan, de esta manera, atrajo la atención de hombres y mujeres estudiosos de la escena internacional sobre el tema del cuidado, que durante siglos había sido injustamente considerado un no trabajo y algo "para mujeres".

Entonces, los eruditos comenzaron a preguntarse si la capacidad de cuidar pertenecía solo a las mujeres y no a los hombres. Mientras tanto, las condiciones sociales comenzaron a cambiar, las mujeres demostraron ser capaces de cubrir roles que antes estaban reservados a los hombres, mientras que los hombres más valientes comenzaron a colaborar más activamente con las mujeres en el manejo de la casa y el cuidado de los hijos.

Los estudios más recientes tienden a afirmar que la necesidad y la capacidad de cuidar pertenecen al ser humano como características fundamentales que no se pueden eliminar y que no dependen en absoluto de ser hombre o mujer. En efecto, el pleno desarrollo humano de ambos depende de la experiencia del cuidado, recibido y dado. Cuidar, por tanto, no es una prerrogativa que pertenece exclusivamente a las mujeres, como demostró también Jesús en los gestos de la última cena, sino un modo de entrar en relación con el prójimo que todo ser humano, y de manera particular los cristianos, debe estar acostumbrado a poner en práctica.

Sin embargo, si hoy estamos aquí para hablar y reflexionar sobre el tema del cuidado, se lo debemos a las mujeres y a la particular sensibilidad hacia este lenguaje que han cultivado a lo largo de los siglos. Esto significa también que, como educadoras/es, debemos sentirnos particularmente responsables de formar a las nuevas generaciones, tanto masculinas como femeninas, en el siempre nuevo lenguaje del cuidado.

La familia, el lugar original del cuidado

La capacidad de cuidar, por tanto, no es exclusiva de las mujeres. Y sin embargo, desde un punto de vista "genético", es decir, en cuanto al desarrollo personal de esta capacidad, su punto de partida se encuentra inevitablemente, para todo ser humano que viene al mundo, en la relación con su propia madre. Sin el cuidado materno, que comienza en el momento de la concepción y se manifiesta como acogida, protección, alimento, el pequeño nuevo ser no podría sobrevivir de ninguna manera. Esta



necesidad es tan real que incluso Jesús, el Hijo de Dios, la necesitaba: para venir al mundo tuvo que encomendarse al cuidado de una mujer.

El Papa Francisco, en su mensaje para el inicio del nuevo año, presenta a María como ejemplo y modelo de cuidado:

«Mientras contemplamos todavía a María en la gruta donde nació Jesús, podemos preguntarnos: ¿con qué lenguaje nos habla la Santísima Virgen? ¿Cómo habla María? ¿Qué podemos aprender de ella para este año que se abre? Podemos decir: "María, enséñanos lo que debemos hacer en este año". En realidad, si miramos el escenario que nos presenta la liturgia de hoy, notamos que María no habla. Acoge con asombro el misterio que vive, guarda todo en su corazón y, sobre todo, se preocupa por el Niño que -dice el Evangelio- estaba "acostado en el pesebre" (Lc 2,16). Este verbo "acostarse" significa acostarse con cuidado, y nos dice que el lenguaje propio de María es el de la maternidad: cuidar con ternura al Niño. Esta es la grandeza de María: mientras los ángeles están de fiesta, los pastores vienen corriendo y todos alaban a Dios en alta voz por el hecho que ha pasado, María no habla, no entretiene a los invitados explicando lo que le ha pasado, ella no roba el espectáculo, ¡nos encanta robar el espectáculo! – por el contrario, pone al Niño en el centro, cuidándolo con amor. Una poetisa escribió que María "sabía callar solemnemente, [...] porque no quería perder de vista a su Dios" (A. Merini, *Corpo d'amore. Un incontro con Gesù*, Milán 2001, 114). Este es el lenguaje típico de la maternidad: la ternura del cuidado. De hecho, después de haber llevado en su vientre durante nueve meses el don de un misterioso prodigio, las madres siguen poniendo a sus hijos en el centro de todas las miradas: les dan de comer, les tienen en sus brazos, les depositan con delicadeza en la cuna. Cuidar: este es también el lenguaje de la Madre de Dios; el lenguaje de una madre: cuidar".

María, sin embargo, es importante recordar, no estaba sola en el cuidado del niño. La presencia de José, junto a María, no debe ser subestimada. Una mujer embarazada, que prepara toda su vida para cuidar de un nuevo ser humano: cuerpo, mente, corazón, tiempo, necesita a su vez de alguien que la cuide.

El lenguaje del cuidado, por tanto, es un lenguaje comunitario. La sabiduría africana expresa esta conciencia a través del famoso proverbio: «se necesita un pueblo para criar a un niño». El lugar original del cuidado, por lo tanto, no es simplemente la relación entre la madre y el niño: es esa relación, por supuesto, pero inserta en una red más amplia de relaciones. Precisamente por eso, cuando José descubre que María está embarazada y quisiera abandonarla, un ángel enviado por Dios lo invita a hacerse cargo, es decir, a cuidar de la madre y del niño. Muchos episodios de depresión pospartum, un malestar que parece multiplicarse en la actualidad, son atribuibles a la soledad que experimentan muchas madres primerizas que, inmediatamente después de dar a luz, se encuentran sobrecargadas de tareas domésticas y preocupaciones, sin el apoyo de una red familiar adecuada y capaz de anticiparse a las necesidades y de animar a la mujer ante los fracasos inevitables.

Por tanto, si en la relación personal con nuestra madre ha florecido nuestra capacidad de recibir y cuidar, es en la vida familiar donde se desarrolla el lenguaje del cuidado en su forma más hermosa, que es la del cuidado mutuo, o del cuidado como "juego de equipo". Dentro de la familia consanguínea y en la familia más grande que puede ser la escuela, la parroquia y toda obra educativa, ese es precisamente el gran desafío, la gran llamada que nos espera como adultos, padres y educadores: no sólo aprender a expresarnos más y más y mejor a través del nuevo lenguaje del cuidado, sino procurar



que los niños, jóvenes que nos han sido confiados, aprendan poco a poco a comprenderlo y hablarlo. Don Bosco lo llamaría "espíritu de familia" y diría que de la transmisión de este lenguaje depende el futuro de la sociedad.

El Papa Francisco subraya, por tanto, el vínculo entre la educación para el cuidado y la educación para la paz, tanto en la vida cotidiana como en las relaciones internacionales, e invita a todos los creyentes a recuperar "la conciencia de la responsabilidad que se nos ha confiado para construir el futuro: frente a los desafíos personales y sociales". crisis que vivimos, ante la tragedia de la guerra, "estamos llamados a afrontar los desafíos de nuestro mundo con responsabilidad y compasión" (*Mensaje para la LVI Jornada Mundial de la Paz, 5*). Y esto lo podemos hacer si nos cuidamos entre todos y si, todos juntos, cuidamos nuestra casa común. Imploremos a María Santísima, Madre de Dios, que en esta época contaminada por la desconfianza y la indiferencia, nos haga capaces de compasión y de cuidado -capaces de tener compasión y de cuidarse los unos a los otros-, capaces de "emocionarse y detenerse ante el otro siempre que sea necesario» (Exhortación apostólica *Evangelii gaudium, 169*)».

El Papa indica, además, cuáles son los pasos concretos del cuidado:

1. cuidar nuestra vida - cada uno de nosotros debe cuidar su propia vida -; cuidar nuestro tiempo, nuestra alma;
2. cuidar la creación y el medio ambiente en el que vivimos;
3. y, más aún, cuidar de nuestro prójimo, de los que el Señor ha puesto a nuestro lado, así como de nuestros hermanos y hermanas que están en necesidad y reclaman nuestra atención y nuestra compasión.

El orden en que se nos invita a cuidarnos; del entorno en el que vivimos y de nuestro prójimo no es casual: las dos primeras direcciones de atención, de hecho, son la base de la tercera, que es verdaderamente la más importante, pero que no puede sostenerse sin las otras dos.

Del lenguaje del cuidado a las relaciones de cuidado

Aprender el nuevo lenguaje del cuidado no significa sólo tener atención y respeto por nosotros mismos y por los demás y tratar, cuando sea necesario, de tener gestos de cuidado. Hablar el lenguaje del cuidado significa tomar conciencia de que las relaciones que vivimos, especialmente en el seno de la familia, son relaciones de cuidado, es decir, relaciones en las que, una y otra vez, los grandes se hacen cargo de los pequeños, los fuertes cuidan el débil, quien está sano del enfermo.

Esta simple observación nos ayuda a centrarnos en tres características importantes del lenguaje del cuidado: 1. el cuidado es un lenguaje universal; 2. quien cuida ejerce un poder; 3. la prueba de fuego de la autenticidad del cuidado es la promoción del bien del otro en su autonomía y respectiva capacidad de cuidar a los demás.

1. Un lenguaje universal

El lenguaje del cuidado es comprensible para todos en todas partes, no solo porque se expresa más en gestos que en palabras, sino también porque los gestos y las palabras utilizadas se modelan en las necesidades y habilidades del destinatario del cuidado. Tomemos por ejemplo el cuidado de una madre por su hijo, que, como hemos dicho, es la experiencia original del cuidado. Cuanto más



pequeño es el niño, más sugiere la "ley" del cuidado, o sea, los tiempos y formas en que la madre debe cuidarlo para que crezca sano y feliz.

Además, la relación madre-hijo nos enseña que los gestos de cuidado son en cierto sentido incompletos y por tanto ineficaces si no van acompañados de la intención de reconocer, a través de ellos, el valor único y personal de quien recibe el cuidado. Un niño que es alimentado y cambiado mecánicamente por un adulto que no tiene interés en establecer una relación interpersonal con él, hablarle y mimarlo a pesar de su incapacidad para responder a estas solicitudes, puede retrasar el crecimiento físico y el desarrollo psíquico, hasta el punto de dejarse morir.

Del mismo modo, la madre que cuida al bebé necesita ser apoyada tanto psicológicamente, a través del reconocimiento y aliento de los adultos que la rodean, como prácticamente a través de gestos que la ayuden, en lo posible, en el esfuerzo de manejar concretamente al niño y la casa. Por lo tanto, es importante que el padre y otras figuras adultas de la familia también estén capacitadas en el lenguaje del cuidado!

El lenguaje del cuidado, por tanto, es universal porque presupone una capacidad entrenada de atención a las necesidades reales del otro, junto con una actitud de profundo respeto por su dignidad personal y el misterio de singularidad que lleva en sí mismo, aun cuando el destinatario de la atención es un adulto. Si tratamos de recordar situaciones de nuestra vida en las que el lenguaje del cuidado ha fallado, como la experiencia de una estancia en el hospital que no fue muy positiva, o un fracaso educativo o una situación en la que nuestra petición de cuidado ha sido rechazada, fácilmente se puede dar cuenta de que uno de estos dos elementos ha fallado: los gestos de cuidado se han realizado de manera impersonal, sin reconocer la dignidad y singularidad del otro; o ha faltado una escucha atenta, por lo que los gestos y las palabras de cuidado no han logrado, a pesar de las buenas atenciones, captar las necesidades reales del otro, aliviar su sufrimiento o apoyarlo en la dificultad.

2. Cuidado y poder

Si la relación de cuidados está formada por una persona que necesita cuidados y una persona que ofrece los cuidados, significa que existe siempre y por definición un desequilibrio de poder entre los dos protagonistas de la relación. El que cuida "puede", algo que el otro "no puede". El caso paradigmático de la relación entre madre e hijo es evidente: el recién nacido está totalmente confiado al cuidado de la madre de quien depende por completo. Lo mismo, sin embargo, ocurre también, con sus propios matices, en la relación médico-paciente y en toda relación educativa, donde el educador, en virtud de su edad, su formación y su experiencia, "puede" una serie de cosas que su destinatario debe aprender pacientemente.

Desafortunadamente, en nuestro mundo, cuando escuchamos la frase "poder" la asociamos inmediatamente y casi sin traducirla con todo el abuso de poder, es decir, con todas aquellas situaciones en las que la persona que por *status*, rol o posibilidad debe servir otros, lo hace encambio solo para lograr sus propios fines. El abuso de poder, por otro lado, es una distorsión de algo que es una parte ineludible de la experiencia humana. «Poder», en efecto, es sinónimo de posibilidad y no es humanamente posible renunciar a tener «poder» en la vida, porque para vivir siempre hemos



abrazado el «poder», tenemos la posibilidad y el espacio para pensar, sentir, agitar y desarrollar nuestras habilidades personales.

A veces, por desgracia, incluso en la vida familiar, incluso en las relaciones más sagradas entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, así como en el seno de la pareja, el lenguaje del cuidado puede convertirse sutilmente en un abuso de poder. Esto sucede sobre todo cuando falta la gratuidad en la relación de cuidado. Una vez más, las buenas intenciones no son suficientes. Es necesario vigilar la forma de relacionarse con el otro, en particular sobre las propias expectativas.

Nos puede suceder utilizar sutilmente chantajes, palabras o formas culpables, o tender a menospreciar al otro, para mantenerlo en una situación de minoridad y dependencia respecto de nosotros. A veces lo hacemos porque es la forma de hacer que aprendimos en nuestra infancia, sin saberlo, en el entorno en el que crecimos, la que nos ha hecho sufrir y, si no encontramos el coraje de desactivarla, continuará a hacer sufrir a los que nos acompañan, están a nuestro lado y quizás también a los que vienen después de nosotros.

Para contrarrestar esta tentación, que en cierta medida nos pertenece a todos, es muy útil cultivar el lenguaje del cuidado dentro de las relaciones "igualitarias", como las relaciones de amistad y, obviamente, las relaciones de pareja, donde normalmente el dar y recibir el cuidado tiene lugar bajo la forma de un intercambio recíproco. Por la misma razón, es importante que la educación de los hijos se apoye en una red de relaciones de cuidado, que evite que la relación madre-hijo o padre-hijo se cierre sobre sí misma y se vuelva asfixiante.

3. Cuidado y libertad

Por la misma razón, la prueba de fuego de la autenticidad del cuidado es la promoción de la autonomía y la capacidad del otro para cuidar de los demás, ampliando la red de cuidados fuera de la familia. El poder del cuidado se ejerce en la plenitud de su potencial cuando se acompaña al otro en un camino de libertad progresiva. En efecto, la libertad es indispensable para amar. Cuidar la libertad y la autonomía de los que nos son confiados, ayudarlos a desplegar sus alas y emprender el vuelo en la vida es la tarea educativa por excelencia, porque significa ofrecer al otro esa base segura que es indispensable para poder afrontar la vida con confianza y descubrir la belleza de la entrega al prójimo y a Dios, que es la máxima expresión del amor.

Esto significa que la relación de cuidado, si bien establece un vínculo que permanece para siempre, está inevitablemente destinada a cambiar con el tiempo. El vínculo entre madre e hijo no se puede borrar, porque está inscrito en la carne del hijo, que se alimentaba de la carne de la madre. Sin embargo, la forma en que se expresa el cuidado mutuo debe cambiar con el tiempo. Trate de pensar en una mujer que continúa amamantando a un niño que tiene más de 3 años. Evidentemente en este gesto, que es un gesto propio del lenguaje maternal del cuidado, habría algo sumamente inapropiado y mortificante para la libertad del niño.

El lenguaje del cuidado, el auténtico, conoce también las palabras del silencio y la distancia, cuando el silencio y la aceptación de la distancia son lo que necesita la persona amada para crecer en su libertad y autonomía. Precisamente por eso, para hablar bien el nuevo lenguaje del cuidado, es



importante también practicar el discernimiento de tiempos y momentos, cercanía y desprendimiento, presencia y partida.

Jesús y María son maestros en este arte. Baste pensar en la ascensión al Cielo de Jesús Resucitado que, después de acompañar a los discípulos en un camino formativo muy intenso, les anuncia que "debe" dejarlos al cuidado de otro formador: el Espíritu Santo. Esta capacidad de Jesús, de comprender cuándo es el momento adecuado para lanzar a sus amigos por los caminos del mundo, es un rasgo personal que depende también de la acción educativa de María. De hecho, tanto en el Evangelio de Lucas como en el de Juan, la Madre se muestra capaz de comprender cuándo es tiempo de estar presente y cuándo se trata de hacerse a un lado. En Caná, por ejemplo, anima a Jesús a manifestarse al mundo, pero luego desaparece, para volver a estar presente, junto a su hijo, sólo en los momentos de necesidad: al pie de la Cruz.

Conclusión

Ser familia es un don, una gracia que no se puede merecer, pero que se recibe de Dios, nuestro buen Padre, a través de las personas que nos dieron la vida y a través de las personas que nos son confiadas para crecer juntas en el amor. Sin embargo, la belleza de este don también depende de la capacidad de cada uno, del compromiso de cada persona para aprender el lenguaje del cuidado.

Es un lenguaje siempre "nuevo", porque nos pide estar continuamente abiertos y escuchar. En la escucha atenta de nuestro corazón y en la escucha discreta del corazón del prójimo que vive a nuestro lado. Encomendémonos a María, a quien el Papa nos ha mostrado como modelo y maestra de cuidado, y no nos cansemos de volver cada día a caminar juntos por los caminos de la vida.